

MANTO DE VIDA

SILVIA DEL BOSQUE

Crear un manto de vida es detallar, escribir y bordar todos los recuerdos gratos e ingratos que tengo de mi vida.

Es hora de iniciar un viaje interior, una jornada adonde mi felicidad habita y descubrir mis dones.

Recuerdo cómo fueron mis primeros pasos guiados por mis padres, veo a la niña tímida que fui, la abrazo y le digo al oído: el mundo es un lugar seguro.

Nací en el seno de una numerosa familia campesina en el norte de México, en el estado de Chihuahua. Me crié en el campo rodeada de bosques y huertos de frutos rojos. Las lluvias eran abundantes, los truenos y relámpagos me daban temor. Mi madre me subía a la cama, con mis hermanos, y nos cubría la cabeza con un manto blanco. Cubría los espejos con sábanas de manta mientras pasaba la tormenta. Por las noches, los perros ladraban, los árboles crujían; parecía que hablaban en voz alta. Cerca de casa, río abajo, en un claro del bosque, los lobos aullaban y retozaban a la luz de la luna llena.

Creí jugando en el río, en sus aguas cristalinas caminé contra la corriente como nadan los peces. Corrí descalza entre las sombras de los pinos hasta llegar a las grandes cuevas ahumadas, que despertaban en mí una grata curiosidad al explorarlas. Sentía que allí podía escuchar la música del bosque y ver de cerca las mejillas de Dios. El bosque necesitaba

que yo lo recorriera y jugara en sus verdes praderas ribeteadas de girasoles.

Las hogueras se encendían de noche. En el patio, cerca de la casa, mientras los abuelos dormían, sentadas alrededor de la fogata, mis primas mayores contaban historias de familia, cuentos y relatos que hacían volar mi imaginación de niña.

Aprendí el arte del arreglo personal, hice collares y aretes con flores silvestres, adorné mi cabeza con mariposas blancas y luciérnagas.

Mi hogar, mi familia, fue el refugio más seguro. Ahí recibí la dote para la vida, el amor, el cariño y un amor propio.

Llegaron los gloriosos años setenta y mi adolescencia se asomaba con un toque de sensualidad e inocencia, me vestía con vestidos cortos y zapatos de tacón alto.

Me enamoré con las canciones de Julio Iglesias, prendí en mi manto nuevo las sonrisas que nacen del amor a primera vista. A los quince años es fácil enamorarse. Bailé y canté el *Vals de las mariposas*, bordé en mi manto corazones rojos, aprendí poemas de amor, los leí una y otra vez; los atesoro en mi lúcida memoria.

El matrimonio tocó a mi puerta y mi intuición dio con entusiasmo el sí.

Mi regalo de boda fue un atado de llaves para abrir mundos nuevos.

Llegó la primavera, el manzano floreció y el milagro de la vida se hizo presente. Conté los días con perlas engarzadas en sueños y auroras, bordé en el manto los dolores del parto, contemplé con embeleso el rostro de mis hijos. Los cuidé con esmero, como me cuidó mi madre; les conté cuentos antes de dormir, jugamos a las escondidas en el jardín, mandé cobrizar sus zapatos para recordarles que fueron niños.

Me aferré a los sueños que nacen del pensamiento y escribí con creatividad mis ideas.

Cosí con cuidado el retazo negro de la depresión y los secretos que otras mujeres me han confiado, bordé las lágrimas que me causó el dolor de mis batallas y me conforté con mis victorias.

Pegué perdones regalados que iluminaron la libertad de mi alma

Acaricio con amor las cicatrices que me recuerdan el dolor que ya no duele.

Mi manto de vida es tan grande que pedí ayuda para colgarlo. Aquí están los recuerdos y acontecimientos más importantes. Cuando paso frente a él, me detengo y admiro a la mujer que soy. Sigo caminando y escribiendo sueños nuevos.

Ciudad Cuauhtémoc, Chih.